

Cercano Oeste

LA ILUSIÓN DEL LEJANO OESTE. MUSEO THYSSEN-BORNEMISZA. Paseo del Prado, 8. MADRID. Hasta el 7 de febrero.

La historia del Oeste americano parece conocerse de sobra, aunque tiene mucho de juego infantil, de “corre, corre que te pillan”. Sus paisajes—las llanuras, el desierto, los bosques y las montañas— forman parte de un imaginario que compartimos todos. Tienen algo de espejismo, son una alucinación. El cine se encargó de que fuera así casi desde sus inicios, construyendo un relato mítico que tenía mucho de saga épica, pero que ahora se sabe que fue una tragedia, como otros descubrimientos y conquistas lo fueron, porque siempre hay un ganador y de-

masiados perdedores. En esa narrativa siempre había buenos muy buenos y malos malísimos. Nosotros, porque se trataba de eso, éramos los buenos, y los otros, los malos. El enfrentamiento era una constante: entre los colonos y los indios, los vaqueros y los indios, los soldados del séptimo de caballería y los indios... Estos siempre suponían una amenaza, aunque ni siquiera aparecieran en la pantalla y el argumento tratara de otras luchas, también por el control del territorio, las de los honrados granjeros y los perversos cuatreros. Los pieles rojas esta-

ban al acecho, permanecían escondidos entre las rocas, detrás de los árboles, o en lo alto del desfiladero, esperando con sus arcos a que pasara una carreta o una diligencia, casi fundidos con los paisajes panorámicos en ténicolor y cinemascope que iluminaban el patio de butacas. Había que construir una Historia, con mayúscula, porque Estados Unidos era un país joven, y de algún modo, la buscaron en ese ir hacia el Oeste, la última frontera.

Buscar el origen de estas imágenes, intentar descubrir de dónde vienen es uno de los ob-

jetivos de la exposición *La ilusión del Lejano Oeste*, que acaba de inaugurarse en el Museo Thyssen-Bornemisza, comisariada por Miguel Ángel Blanco, también el autor de ese particular proyecto que, hace apenas dos años, transformó el Museo del Prado en una gigantesca Cámara de las Maravillas. Se trata de una exposición que responde a la fascinación de este artista, que ha incluido algunas de las cajas de su *Biblioteca del bosque* en el recorrido, por ese territorio imaginario y sus habitantes, una fascinación que tiene un componente nostálgico, casi melancólico, de algo que

DE IZDA. A DCHA, ALBERT BIERSTADT: *LAS CATARATAS DE SAN ANTONIO*, 1880-1887; CHARLES WIMAR: *EL RASTRO PERDIDO*, 1856 Y GEORGE CATLIN: *WASH-KA-MON-YA, DANZANTE VELOZ, GUERRERO*, 1844



se ha perdido y que se sabe irre-
cuperable, porque ese Lejano
Oeste de las películas fue des-
truido mucho antes o, quizás,
nunca existió.

Es la misma nostalgia que
nos atrapa cuando se llega a esa
penúltima sala en la que se mez-
clan los carteles de cine con los
muñecos de plástico de indios y
vaqueros y las ediciones bara-
tas de los libros de Fenimore
Cooper, Zane Grey o Marcial
Lafuente Estefanía, cuyas pági-
nas habían amarilleado incluso
antes de que se hubiesen ter-
minado de leer. Un sentimien-
to que se aproxima al de lo *kitsch*,
porque nos habla de una vida
que ha escapado, la nuestra.

Es un Oeste convertido en
espectáculo, en el que Sara
Montiel podía ser una sioux y
Arizona estar en Almería, y que
se producía en serie, preparán-

dolo para su consumo masivo.
Pero Blanco va más atrás, de
Hollywood a Buffalo Bill, con
sus danzas rituales de los nativos
traspasadas a la arena de un cir-
co, y Edward S. Curtis, que las
preparaba para la cámara foto-
gráfica en las reservas. Y de ellos

El Oeste se descubre como un extra- ño paraíso, de cielos encendidos y pro- fundidades infernales, con sus hori- zontes casi infinitos, inabarcables, que provocan la sorpresa del espectador

a la Galería India de George Cat-
lin, personaje fundamental,
muy discutido también, que es-
tableció la iconografía de las tri-
bus indias, en esos retratos mag-
níficos con sus protagonistas
tocados de plumas y pintados
para la guerra, que cautivaron a

Charles Baudelaire. Veía en
ellos un destello de dandismo,
de héroes que se resistían al im-
pulso civilizador, todo lo con-
trario a Chateaubriand que no
había encontrado al buen salva-
je entre los Natchez, porque no
existía; sólo su aculturación po-
día liberarles de su
crueldad, principal
premisade su novela
romántica *Atala*, que
tanto influyó en la li-
teratura europea —y
en la pintura a partir
de la versión de Giro-
det— de comienzos
del siglo XIX.

El Oeste se descubre tam-
bién como un extraño paraíso,
perdido como el de Milton en
esas visiones sublimes de Tho-
mas Cole, de cielos encendidos
y profundidades infernales, o
en los paisajes crepusculares o

de amanecer de Alfred Biers-
tadt, con sus horizontes casi in-
finitos, inabarcables, imposi-
bles, que provocaban la sorpresa
y la admiración en los especta-
dores. Un territorio que fue
imaginándose a medida que los
exploradores, científicos y no
tanto, porque había militares y
buscadores de tesoros, avanza-
ban desde el Sureste y el Sur,
creando también esos mapas
con los que se abre la exposi-
ción y que hablan del papel que
jugaron los españoles. Mapas
que evidencian, no hay que en-
gañarse, lo que de abstracción
tenían todas estas representa-
ciones; una abstracción que es-
condía miles de historias trági-
cas, aunque en la exposición sea
difícil leerlo así. **SERGIO RUBIRA**

G Entrevista en vídeo con Miguel Ángel
Blanco en www.elcultural.es

